

ESTAMOS APRENDIENDO A VIVIR

Notas sobre micropolítica
y ecología perceptiva

Jada Sirkin

Marzo 2022

Sólo Intro

ESTAMOS APRENDIENDO A VIVIR

Notas sobre micropolítica
y ecología perceptiva

Jada Sirkin

Marzo 2022

*Estamos aprendiendo a vivir: notas sobre
micropolítica y ecología perceptiva*

Marzo 2022

Jada Sirkin

Se autoriza la reproducción de fragmentos de la obra sólo citando la fuente.

Contacto: jadasirkin@gmail.com

Más en www.jadasirkin.com

Esto es un libro digital pago. Si recibiste el archivo y no lo compraste, puedes hacer tu contribución en www.jadasirkin.com / El aporte sirve para que podamos seguir investigando y desarrollando estos materiales. ¡Gracias!

Índice

Introducción

¿Qué le contarías al ET?

Compromiso Vs indiferencia (juego)

Preocupación, narración y fascismo

El doble filo de *Don't look up*

Joker y *Relatos salvajes*: tecnologías narrativas

para el reciclado de la presión social

El fenómeno de la ventana de vidrio: ecología y

arrogancia perceptiva

Política y ternura

El talibán interior

La micropolítica como una política del instante

La política del estrés

Negatividad y meditación: estamos aprendiendo
a vivir

El agotamiento de los recursos naturales probablemente está bastante menos avanzado que el agotamiento de los recursos subjetivos, de los recursos vitales, que afecta a nuestros contemporáneos. Si tanto nos complacemos detallando la devastación del medio ambiente, es también para velar la aterradora ruina de las subjetividades. Cada derrame de petróleo, cada llanura estéril y cada extinción de una especie es una imagen de las almas en harapos, un reflejo de nuestra ausencia de mundo, de nuestra impotencia íntima para habitarlo.

Comité Invisible,
A nuestros amigos: crisis e insurrección

Introducción

Una persona feliz no tiene necesidad de pelear. Mejor dicho: cuando estamos felices, no peleamos. Si peleamos, es porque no estamos felices —es decir, tenemos miedo y no nos damos cuenta. Cuando hablo de felicidad hablo de 1. ausencia de miedo (es decir, entusiasmo), o 2. relación madura con el miedo (es decir, entusiasmo). Cuando aparece el miedo y en lugar de investigar lo rechazamos, pasamos a percibir que no hay espacio de *juego* —entonces nos defendemos. Las peleas de todo tipo (las reacciones) tienen la función de mostrarnos ese miedo. No es que pelear esté *mal*, la pregunta es para qué peleamos. ¿Peleamos para no reconocer por qué peleamos o porque necesitamos, aunque sea de manera dolorosa y destructiva, darnos cuenta de que tenemos mucho miedo? No es que tener miedo esté *mal*, la pregunta es para qué usamos el miedo. ¿Dejamos que nos posea y nos mueva o le preguntamos qué tiene para

mostrarnos? Si peleamos, es porque todavía no aprendimos a jugar con el miedo. Peleamos para no tener miedo —para sacárnoslo de encima, para no sentirlo. Pienso que el ser humano tiene que aprender a *jugar con* su miedo. Cuando hablo de miedo no me refiero al instinto de supervivencia, sino a una baja de sensibilidad e inteligencia, producida por una visión ficticia (sesgada) de las situaciones, desde la cual tomamos decisiones. Miedo sería: no poder *jugar con*. Cuando hablo de juego me refiero a la posibilidad de percibir el espacio alrededor de las cosas: juego como posibilidad de movimiento — juego como jaqueo del aparato identitario de amistades y enemistades. Juego como lo que nos lleva a incluir más elementos en el juego. Felicidad es ese entusiasmo, esa celebración en la que todo puede ser parte —porque, cuando algo se hace parte, pierde su capacidad de dañarte. Las cosas nos dañan cuando las mantenemos aparte. El arte, por su parte, nos recuerda la felicidad de no tener partes. Cuando hablo de felicidad (de arte) no hablo de plenitud, hablo de disponibilidad.

Felicidad no es propiedad, más bien es apertura. No es la flor, es el florecer. Más que de tener cosas, se trata de escuchar. Idea: si luchamos tanto es porque malinterpretamos la noción de felicidad: buscamos tener, más de lo que buscamos estar disponibles. ¿Pelemos *por* no escuchar o peleamos *para* no escuchar? Si luchamos *contra* otras personas y naciones, si luchamos *contra* la enfermedad (contra los síntomas del cuerpo), si luchamos *contra* esa otredad que llamamos *naturaleza*, es porque el miedo no nos deja escuchar —usamos el miedo para no escuchar; y porque no escuchamos, peleamos. La idea (el recuerdo traumático) de que nos puede faltar (el alimento, el afecto) no nos deja ver todo lo que hay. Desde esa percepción de una *falta*, tomamos decisiones que hacen del mundo un mapa de carencias. La hipótesis fundamental de todos estos textos es que los desafíos de la humanidad (sociales, vinculares, políticos, ecológicos, físicos, estéticos) son expresiones de un problema de sensibilidad —las páginas que siguen podrían resumirse en esta idea (no muy original): lo que nos pasa en lo que

percibimos como *mundo exterior* equivale a lo que nos pasa en lo que podemos llamar *mundo interior*. El problema mayor es que no reconocemos la correspondencia entre ese afuera y ese adentro. ¡Nos percibimos muy separadxs! ¡Esa es nuestra gran aventura de reconocimiento! La consigna fundamental de las páginas que siguen entonces sería: si no queremos más guerras en el mundo, tenemos que sí o sí investigar lo más profundamente posible por qué (para qué) es que peleamos; y practicar, deliberada y seriamente, el arte de escuchar (crear), que, pienso, es lo único que desactiva, de a poco, la inercia con la que caemos en el surco del rechazo y el antagonismo. La aclaración fundamental, que sonará algunas veces a lo largo de estas páginas, es que buscar comprender las raíces de la atrocidad no equivale a justificarla. Cuando respondemos con la misma violencia que denunciarnos en nuestros agresores, tenemos la oportunidad de darnos cuenta de que eso es justamente lo que venimos haciendo hace miles de años: reaccionar a una reacción, que a su vez fue disparada por otra

reacción. Podemos jugar con la idea de que la historia humana es una avalancha de reacciones, sustos que despiertan sustos, mentiras que llaman a más mentiras, venganzas que necesitan nuevas venganzas, un dominó de ajustes de cuentas. La explicación fundamental de estas páginas (tampoco nueva) es que somos una especie hipersensible que necesitó y necesita, para sobrevivir, construir una maquinaria perceptiva que después no supo (y no sabe) cómo sacarse de encima. A esa maquinaria no-tan-ecológica podemos llamarle *ego*. Estas páginas son una investigación sobre los modos de funcionar del ego y la intención es, básicamente, invitarnos a ese *jugar con* el ego que llamamos *meditación*. Con meditación me refiero al proceso doloroso, liberador y creativo de des-identificación (y captación de novedad) sin el cual la vida humana se hará finalmente intolerable para el sistema hipercomplejo que llamamos *vida*. O meditamos o nos vamos. ¡Ojalá no nos echen de la fiesta antes de que aprendamos a celebrar! Todo esto es una invitación a

celebrar —a crear. Sí, puede ser que las cosas luzcan terrible, es innegable que la humanidad está sufriendo mucho, pero ¿no será porque estamos aprendiendo a vivir? ¿No será que somos una criatura tan compleja y creativa que a la vida le está costando enseñarnos a participar de la coreografía? La intención de estas páginas es la de alentarnos y recordarnos que, por decirlo de modo ingenuo, *¡vamos muy bien!* Decir que vamos *bien* no implica adormecernos en el modo de vivir adictivo que hemos logrado desarrollar hasta ahora. La invitación es a jugar el juego humano más en serio, a hacernos profundamente responsables de lo que somos y de lo que la vida necesita de nosotrxs. Ojalá estas páginas sirvan a ese propósito. Realmente diría que vamos muy bien, pero me parece que no tiene sentido decir que vamos *bien* —sí, en cambio, tiene sentido aclarar que no vamos *mal*. La diferencia es importante: muchas veces, para contrarrestar la negatividad, le oponemos una supuesta positividad; así, nos movemos en el péndulo de la depresión y el heroísmo, entre el victimismo y el empoderamiento

impostado, entre la oscuridad y la luz. Pienso que es importante desactivar la dicotomía de bien y mal. Pienso que todavía vemos las cosas *demasiado* en esos términos: subidas o bajadas, buenos días o malos días, me gusta o no me gusta, positivo o negativo, etc. Pienso que esa visión polarizada de la realidad nos complica y nos desvitaliza. Nos atora en la dinámica de las identificaciones y los antagonismos del ego. Y ahí está todo el problema —el desafío. Como escribió Rumi, *detrás de las nociones de bien y mal hay un campo, allí nos encontraremos*. Estos textos apuntan al reconocimiento de ese campo — sólo podemos encontrarnos más allá de las historias que definen lo que está bien y lo que está mal, quiénes son familia y quiénes enemigos. Necesitamos vencer la adicción al funcionamiento tribal de amigos y malvados. ¡Es con todxs, o no es con nadie! Puede ser que las historias nos sirvan para generar lazos tribales y unidad social (identidad), pero las historias tienen una limitación: generan unión e identidad en base a la exclusión: la narrativa (la identificación) es una manera incluyente-

excluyente de generar comunidad. Sirve, pero no alcanza. No alcanza porque estamos en un momento de la evolución planetaria en que la presencia del *otro* (de lo que excluimos de lo *propio*) ya está demasiado cerca como para no molestar —¡todo el tiempo! Estamos en un momento en que la escucha de eso otro, que antes amenazaba de lejos (incluso lejos dentro nuestro), se vuelve necesaria e imperiosa. ¡Tenemos que molestarnos! ¡Tenemos que mostrarnos mutuamente que no somos solamente lo que creíamos ser! Ya sabemos que hay ciertas tribus o culturas, tal vez un poco enterradas, que, cuando uno de sus miembros comete un crimen (no sé si la palabra *crimen* existe en esos contextos), lo que hacen, en lugar de encerrarle y castigarle (en lugar de eliminarle), es cantarle, es recordarle quién es, es amarle. Más allá de lo que hagamos, la vida nos ama. Pero el amor de la vida no es emocional. Si no aprendemos a bailar, la coreografía tendrá que expulsarnos —o transformarnos más allá del umbral de lo reconocible. Supongo que en el fondo eso es lo que está ocurriendo: la especie se está

transformando, gradualmente, para poder bailar la danza terrestre de modos cada vez más ecológicos. Mutación. La hipótesis más importante aquí, entonces, es que el ego es una estructura de por sí anti-ecológica —o muy poco ecológica. ¿Por qué? Porque es una estructura perceptiva que genera una división *demasiado* fuerte con el mundo. El YO se percibe fatalmente separado del mundo y de los otros yoes. Ahí está, pienso, nuestro trabajo más importante. Se trata del proceso gradual y tedioso, también hermoso, por el que la consciencia va recordando que el ego no es quien toma decisiones, no es quien conduce la nave. Reconocernos libres es ir reconociendo los mecanismos reactivos del ego, la adherencia que tenemos con su manera dramática de ver el mundo y la posibilidad de no funcionar solamente desde el gobierno de esa estructura sesgada y ficticia. Reconocernos libres es hacer contacto con las corrientes de creatividad que corren por fuera de los jardines hiper-controlados del ego. Si no podemos vivir sin historias, al menos podemos complejizar y sutilizar las historias

con que elegimos percibir y organizar la experiencia. Tenemos la libertad de darnos cuenta del nivel profundo en que nuestras vidas están condicionadas por aquello que creemos. Si no podemos dejar de creer, al menos podemos elegir creer cosas que nos sirvan. Libertad es reconocer la diferencia entre pensar y creer. Libertad es poder reconocer la capacidad de elegir creer o no creer en lo que pensamos. Ojalá estas páginas sirvan a ese proceso de reconocimiento. En ese campo, con esa libertad, ya nos hemos encontrado.

Para comprar el libro:

www.jadasirkin.com